

REUNIONES DE JENERO

Con motivo de los fríos de la estación que estamos atravesando, la gente se refugia en los sitios donde encuentra más agradable la temperatura.

Cafés, tertulias y reuniones se ven sumamente concurridos en estos días, y hay niña que no duerme ni sosiega pensando cuándo ha de ir a casa de sus primitas a cantar *Las golondrinas*, de Becquer, ó *La stella confidente*, ó unos villancicos echados a perder por el tiempo.

De estos casos he conocido varios y sé de algunos en los que tuvo que intervenir el casero, como el de una amiga mía que en fuer-



za de ensayar una *cavatina* de tiple, concluyó por desnivelar los peldaños de la escalera.

Consecuencias de escalas, en las que siempre faltaba un *st*.

Un *st* definitivo y claro, porque *sotto voce* ya había dado un *si es no es* a Pepito Marmolillo, el cual se pasó ejecutando varios *nocturnos* debajo de los balcones de la casa de su ídolo.

Este Pepito, en vista de la poca decisión de su novia y del poco abrigo que la calle le ofrece, ha resuelto pasar el invierno de tertulia con un amigo suyo, hombre francote, liso y llano si los hay, que recibe las visitas en su casa con el sombrero encasquetado hasta las orejas, con un puro en la boca y en una postura verdaderamente académica.

—Buenas noches—le dicen algunas amiguitas cuando entran donde él está—, ¿cómo sigue usted?

Y él, contesta:

—Ya lo ven ustedes; al calor del hogar y del puro...



—¿Por qué no anda usted para entrar más en calor?

—Porque no lo necesito.

—Pepito está sacando unos versos para Loaisa y ayuda también a ponerme en buena temperatura. Yo me caliento al calor de su inspiración.

Pepito, en tanto, olvidando las esquiveces de la dama de sus pensamientos, deja de recitar sus improvisaciones y se pone serio.

Y si vieran ustedes qué simpático está en esta posición.

Por supuesto que pronto leen en su cara alguna contrariedad las niñas visitantes y el galán tiene que poner rostro alegre para disimular, é invitar a todos a jugar un julepe de *a perra mínima* ó una lotería de *a céntimo*.

como más económico, y empieza el sorteo, que á veces termina poco menos que tirándose los cartones á la cabeza los unos á los otros.



Una noche le dieron al dueño de la casa con uno de ellos de canto y por poco si le parten el sombrero.

Es lo que decía Pepito:

—El canto, siempre el canto; esto es lo más peligroso que existe.

Lo mismo digo yo; paso por las tertulias de invierno; pero aborrezco en la mayoría de ellas la lotería, el canto... y el piano.

Candela.

UN DRAMA

Pasaba sus días de paz y dicha al cuidado de los trojes, abriendo surcos en la tierra para la siembra, ó quebrando la mies con el trillo, para separar el grano de la paja; todo entre canturreos espontáneos y significativos, buenos tragos de vino espeso y negro, miradas y sonrisas de la novia, y reconveniones, muy pocas, y caricias repetidas de su vieja madre.

Cuando nació le pusieron por nombre Angel (cosa sorprendente en el lugar de los Juanes, los Pedros y los Manueles), y creció bajo un sol hermoso y complaciente en claridad, robusto y fuerte, ensanchándosele el tórax hasta llegar á la exageración, criando biceps enormes en ambos brazos é hinchándosele las arterias, que, un poco inmodestas, corrían repletas de sangre limpia por brazos, piernas y cuello.

Llegó un día triste para la vieja y para el hijo.

Un gran papelote pegado en una puerta, cuyas letras deletreó Angel con los ojos llenos de agua, le anunció que estaba incluido en el cupo de la población como mozo cabal para el servicio militar, citándole á seguida para el próximo sorteo. Entonces volvieron los arrebatos y las lágrimas con más fuerza y más desesperación.

La virgen del Carmen fué adornada con dos velas circuidas de papel rizado y salpicadas de lentejuelas de oro. Y se recurrió á Santa Rita con otras dos velas, y al generoso Angel de la Guardia con idéntico ofrecimiento, y á todos los seres celestiales... ¡pero, nada! Sacó el núm. 2 y fué soldado.

Angel puso una cara muy compungida en cuanto se enteró, y pensó en un milagro grandioso, en algo inconcebible que salvara la apurada situación... y siempre, nada. Ni aun exenciones podía alegar, pues que, si bien era hijo de viuda, ésta tenía otro, su hermano, que vivía en la Corte entre pendencias y borracheras, mientras él dejaba á su madre abandonada, sin sostén, sin cariño y sin amparo, por seguir su malhadada suerte...

Llegó el día de la talla, y el mozo achicóse, achicóse hasta resultar encorvado y ridículo; pero en vano todo; rebasó de la línea con mucho, y no hubo caso de golpes en el pecho y puñetazos en el vientre. Había encarnado la vida en él con tan grandísimos bríos, que, al comparar su cuerpo de cíclope con el mezquino y escuálido del hijo del sacristán, no se maldijo, porque era buen cristiano, aunque lloró lagrimones como nueces al considerar, no con envidia, sino con desaliento, que aquél no había llegado á la talla.

Despidióse de su novia, la garrida cuan-to hermosa Clara, con mil y mil juramentos; de esos que se olvidan casi siempre; dióla un apretado abrazo, que ella no sintió, sin embargo de que el atleta hizo jugar, sin galantería, su rica musculatura, y marchó, por fin, volviendo la cabeza repetidas veces, hasta que en un recodo de la

calle desapareció todo su cuerpo, escoltado por la silueta de su sombra, quedando todavía sobre el alféizar de la ventana una mano morena y breve, que agitaba un pañuelo húmedo.

Aún quedaba para el quinto otra acerba despedida; la de su madre. La anciana, para agrandar el sufrimiento, quiso acompañarle hasta el tren, deseosa de darle el último beso. Al decir esto, lloraba, en la firme creencia de que sería el último.

—¿Llevas el escapulario de la virgen del Carmen?

—Sí, madre.

—Oye, reza mucho, acuérdate de tu pobre padre, que está en el cielo (y señalaba arriba); escíbeme todos los días cartas muy largas; cuídate; perdona los locuras de tu desventurado hermano, y pide á Dios por él, y sobre todo á la virgen del Carmen, que es muy cariñosa. No hagas tampoco caso á malas mujeres, ni á hombres perdidos y...

—¡Señores viajeros, al tren!—vociferó un empleado, interrumpiendo á la madre y obligando á moverse al hijo.

Subió éste al estribo tan trabajosamente, que parecía que el cariño hacia su madre, hacia la tierra y hacia la novia, le oprimían fuertemente con eslabones de acero, obligándole á retroceder, como fuerza superior, á que no podía oponer ni mandatos de su corazón ni vigores de sus músculos.

—¡Adiós, madre!...—dijo cerrada ya la portezuela, abrazándola amorosamente—. Márchate ya, y quiere mucho á Clara.

—¡Adiós, mi hijo! ¡Adiós, mi alma!...—baluceó la anciana, entre ahogos y estremecimientos.

Y silbó por tercera vez la máquina.

Por la chimenea, como copos de algodón negro, brotaron torrentes de humo, que se elevaban en la atmósfera por el principio de Arquímedes.

Oyó Angel el ruido peculiar de la locomotora al inaugurar la marcha; salieron luego á relucir los pañuelos por fuera de las ventanillas, formándose en la laringe las eternas palabras de despedida, y arrancó el tren, obedeciendo al móvil.



El ministro de la Gobernación Sr. Dato en su despacho particular.